

Para que una bailarina de ballet acabe poniendo su cuerpo encima de sus dedos y haga puntas, hace falta una determinación y una preparación extraordinarias. Me parece una metáfora perfecta para señalar algo que hoy, en muchas personas, en muchas empresas, en muchos segmentos de la población y en muchas de las relaciones nos falta: la falta de ambición.

Hay muchísima gente que confunde ambición con codicia y no sabe que la ambición es esencial para llegar a una vida más digna, más completa y mejor. La codicia, en cambio, destruye. Uno tiene ambición. La codicia te tiene en sus garras. Con la primera se crean cosas. La segunda las arruina.

Fleming no descubrió la penicilina gracias a sus horas de hacer novillos en sus años de estudio. Todas esas supuestas filosofías baratas sobre las cosas que pasan mientras estás tumbado a la bartola son una glorificación, una mitificación vulgar y engañosa de la gente que, con supuesto talento y sin nada de esfuerzo, espera a que el momento *eureka* llegue solo. Eso casi siempre es falso.

La gravedad trabaja sola y la manzana cae

Elogio a tener ganas

Jordi Nadal



por madura encima de la cabeza de Newton. Pero este había estudiado mucho antes para poder descubrir, llegado el momento, la ley de la gravedad. Debemos asumir que Newton y su ley no se encontraron gracias a las horas de no aplicación, sino precisamente gracias a las horas de esfuerzo.

Volvamos a las bailarinas: para alcanzar un bote que esté muy alto en una estantería, necesitas ayuda: o buscas algo que está

fuera de tu cuerpo, una escalera, una silla o algo que te eleve o, si estás en casa y quieres llegar a algo que está un poquito por encima del nivel de tus dedos, hay que ponerse de puntillas. Si eres bailarina o bailarín, llegarás más fácilmente.

Me niego a creer que el esfuerzo esté condenado de por vida, por más que ahora vivamos en un continente de algodón: ¿qué hay de lo mío?, ¿cuándo me toca a mí?, ¿qué me toca ahora?, ¿qué puedo pedir?, ¿a qué (más) tengo derecho?

Las cosas no van así. Todos los países, familias y personas que progresan, toda forma de avance debe más al esfuerzo que a la suerte. No negamos el valor de la suerte. Sabemos que sin suerte estamos perdidos. Pero sin talento lo estamos también. Y sin ambición, aún más. Porque dependen de nosotros.

Leído en un periódico recientemente: "Qué triste salir de casa para ir a trabajar con 22 años antes de lo que sale tu padre". Sin comentarios. Algunos deberían repetir dos tipos de bachillerato: el de la vida y el del instituto. Como la suerte no depende de nosotros, hagamos un homenaje cada día al talento y a las ganas. ●